

II Domingo de Adviento – 05-12-21

Homilía de Monseñor Carlos Castillo  
(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas, nos encontramos en este Segundo Domingo de Adviento en el que la palabra clave es la conversión. Juan estaba en el desierto - nos dice hoy día la lectura -y desde el desierto va a anunciar un bautismo de conversión para el perdón de los pecados, un esfuerzo humano suficiente como para reconocer nuestros límites y abrirnos a una cosa más grande que es la Gracia de Jesús, para la cual también nosotros, todos los años, nos preparamos porque renovamos, en nosotros, nuestro bautismo que es gracia pura, gracia total, gracia gratuita.

Es cierto que la fe cristiana se inspira, básicamente, en que Dios entre en nosotros por medio de su Espíritu, y si somos dóciles a Él, Él va haciendo camino en medio de nosotros y nos va transformando. ¿Qué sería si toda nuestra vida estuviera dejada a nuestros esfuerzos? Seríamos, como el Papa Francisco dice: “pelagianos”. Pelagiano es aquel que quiere conquistar la salvación a través de su esfuerzo. Pelagio era un teólogo que había pensado que no se puede ser creyente si no se hacen obras. Y tiene razón, es necesario hacer, pero no por obra de nuestra sola iniciativa, porque siempre nuestras iniciativas están mezcladas de intereses, a veces ambiguos.

Ser cristiano es aprender hacer las cosas gratuitamente, como nuestras voluntarias y voluntarios aquí presentes, generosamente, sin medida, inclusive afrontando hasta la muerte si es necesario. También están los bomberos y está una persona que, el día de mañana, inauguraremos su

monumento después de 70 años de permanecer escondida, como persona cristiana católica, y que salvó a los niños judíos de la muerte, debido al nazismo que había invadido Francia. Esta peruana nuestra, por la cual también vamos a rezar hoy día como difunta (algún día pediremos por medio de ella como beata, porque sería necesario que empecemos su proceso de beatificación), se llama Madeleine Truel Larrabure.

Madeleine Truel era hija de franceses, nació y vivió en Lima y luego fue a Francia, y en los años en que llega, se desató la Guerra Mundial y con ello también la invasión de los nazis. Ella era una dibujante y empleó sus dibujos para cambiar las partidas de nacimiento de los niños para que no los mataran, y los convirtió en franceses por medio de la falsificación de sus partidas: ¡Que impresionante la imaginación que hay cuando una persona tiene amor!

Y cuando la agarraron los nazis, ella solamente pidió una Biblia y un rosario. Y leyendo la Biblia consolaba a la gente en el campo de concentración, y finalmente un día la atropelló un camión de los nazis, se restauró - más o menos de ello - y luego cuando huyeron hacia Alemania, cuando ya venía la invasión norteamericana en Normandía para poder resolver este problema, entonces mientras eran obligados a huir hacia Alemania mezclados con los nazis, fue asesinada porque la golpearon otra vez en la cabeza y ya no pudo resistir.

Madeleine Truel es una voluntaria como ustedes, es una mujer católica como ustedes también lo son, muchas de ustedes y muchos de ustedes. Y hoy día su testimonio nos dice ciertamente que, cuando uno vive la Gracia del Señor, uno está en permanente conversión, atenta a las situaciones, viendo cómo se dona, cómo se entrega al Otro.

Pero también nos dice hoy día, el Evangelio, que Juan Bautista llamaba a un bautismo de conversión no sólo para quien ya es creyente, sino para el que es creyente en otras perspectivas religiosas o es simplemente humano o simplemente es creyente, pero está medio perdido.

La conversión es un proceso de cambio de manera de vivir y de manera de concebir las cosas, y por eso, nos bautizamos - aunque el Bautismo cristiano es mucho más grande que el bautismo de Juan-; el bautismo de Juan tiene una cosa muy grande que la Iglesia reconoce, y que por eso acoge en la Iglesia: el esfuerzo mínimo humano por cambiar y mejorar.

Y esta imagen preciosa que tenemos hoy día, en este Evangelio, tomada tanto del profeta Baruc como del profeta Isaías, esta imagen de que Dios va a rescatar a Israel y lo hace salir en camino en el éxodo, hacia la tierra prometida, esa imagen tiene dos imágenes confluyentes: Dios hace que las grandes montañas se bajen, y que los valles, las hondonadas, se suban y se haga un terreno plano por donde pueda caminar Israel.

El Señor nos ayuda en nuestro camino de conversión, no estamos solos, y por eso hay esta imagen preciosa, que en nuestro país sería casi una catástrofe porque tenemos tantas hondonadas, tantas montañas, que la imagen geográfica es muy fuerte para nosotros. Pero también tenemos “montañas” tremendas de injusticias, de corrupciones, de maltratos, de complicidades, de locuras, de extremos, que no permiten que nosotros podamos ser verdaderamente cristianos y verdaderamente humanos.

Nos hemos deshumanizado mucho en estos 30 años pasados de la globalización, y por eso, esas “montañas” tienen que “abajarse”. Y vivir la Navidad y vivir el Adviento es ir al encuentro del Señor, para “abajar” o aplanar, esas “montañas”, para que haya un camino tranquilo por el que podamos caminar. Y también los valles, las hondonadas, tienen que “subir”, y tenemos tantas “hondonadas” de pobreza, de enfermedad, de tragedia, especialmente con este virus y las amenazas de otros virus, y el hambre, los terremotos -como en estos días-, en donde nosotros también tenemos que “levantar” a quienes sufren en esas “hondonadas” para un terreno plano.

No nos olvidarnos nunca de quienes están desfavorecidos en ellas, en primer lugar por las situaciones diversas por las que pasamos, estamos llamados a concentrarnos en las personas que están en lo más bajo de la escala social, de los problemas humanos, en las tragedias más terribles que tenemos. Y todo se puede hacer con **voluntad**, con la voluntad de decir: Yo estoy dispuesto a reconocer mis límites, dispuesto a reconocer que no solamente he errado, sino dispuesto a reconocer que muchas veces he encubierto y justificado mi error.

El Papa Francisco tiene una frase que siempre repite: “Somos pecadores”. Y los pecadores se pueden convertir siempre, pero, además dice “no somos corruptos”, porque el corrupto es el que encubre su error y pretende -adornando su error o diciendo que nada grave ha sucedido- sepultar la posibilidad de convertirse y cambiar, porque cree que todo es normal. ¡Y no es normal!

Por eso, hermanos y hermanas, necesitamos una voluntad de reconocer hasta dónde ha llegado en nosotros y se ha metido la corrupción. Y no hablo en general, respecto a los peruanos solamente y al mundo en que estamos, en donde pulula la corrupción, sino también de la Iglesia, porque en la

Iglesia hay procesos corruptivos muy graves que todavía no acabamos de solucionar, porque hay mil formas de esconder la corrupción en la Iglesia. Y justamente porque tenemos el rótulo de católicos y de que “no nos equivocamos, porque Dios no se equivoca”, resulta que hay siempre la posibilidad de que alguien delinca con la cobertura de la Iglesia. Como hemos visto en algunos casos en que se ha usado el acuerdo con el Estado para extraer dinero a manos llenas, ensuciando la vida de la Iglesia.

Hermanos y hermanas, tenemos que salir del círculo vicioso de la corrupción, y es una de las grandes tareas del voluntariado de hoy día, que es un voluntariado distinto, es un voluntariado de ayudar a que la gente recapacite y nosotros, cada uno, para que nadie resbale ni caiga. Es urgente un voluntariado para tomar conciencia de que todos estamos, todavía, en una especie de ambiente contaminado, en donde inclusive quienes hablan contra la corrupción, también están inmersos en ese enredo. Y lo digo no solamente por dirigentes o políticos, o gente que está en la responsabilidad del país, sino también en los intersticios más pequeños de las relaciones humanas en donde eso aparece.

Por eso, hermanos y hermanas, el Tiempo del Adviento es un tiempo maravilloso, extraordinario para que, esperando al Señor, podamos decir: Estoy dispuesto allanar los caminos, bajar las montañas de los males y subir los valles de los desvalidos, de los que sufren, de los que necesitan un apoyo, un aliento. Y, poder decir “yo me hago parte de ello”, como se hizo parte de ello nuestra querida Madeleine Truel. Por eso mañana, que inauguraremos un monumento, vamos a estar presentes las comunidades religiosas de origen hebreo, va a estar el Rabino de Lima, voy a estar yo, y vamos a estar presentes muchos de los hermanos que, en cierto modo, la han conocido y han tenido cercanía con su familia en Miraflores.

Hermanos y hermanas, démonos cuenta juntos y ayudemos como comunidad cristiana a salvarnos de la tragedia, a hacer posible que haya un camino tranquilo para nuestro país y demos esperanza y no juguemos porque todos tenemos un error, un mal hecho, y lo peor, podemos tener una finalidad equivocada.

El Señor nos cambia también la mentalidad y nos cambia los fines que perseguimos. Si cambiamos esos fines y vamos por los fines interesantes del bien común, los problemas se pueden arreglar mejor. Que Dios los bendiga, hermanos y hermanas, y que todos podamos acompañar a los que más sufren en este camino, y concentrarnos en que no haya más esas “montañas” enormes de mal que todavía nos acechan.

Oremos al Señor que esperamoslo con amor y ternura.